



HAL
open science

Enemigos de la patria y guerras inevitables: El discurso de la identidad nacional en México y España (siglo XIX)

María del Rosario Peludo Gómez

► To cite this version:

María del Rosario Peludo Gómez. Enemigos de la patria y guerras inevitables: El discurso de la identidad nacional en México y España (siglo XIX). Encuentro de Latinoamericanistas Españoles (12. 2006. Santander): Viejas y nuevas alianzas entre América Latina y España, 2006, s.l., España. pp.1062-1078. halshs-00103961

HAL Id: halshs-00103961

<https://shs.hal.science/halshs-00103961>

Submitted on 5 Oct 2006

HAL is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.

ENEMIGOS DE LA PATRIA Y GUERRAS INEVITABLES:
EL DISCURSO DE LA IDENTIDAD NACIONAL EN MÉXICO Y ESPAÑA
(SIGLO XIX)

María del Rosario PELUDO GÓMEZ
Instituto Universitario de Investigación Ortega y Gasset
charopeludo@yahoo.es

RESUMEN: Los manuales de historia que se usaban en las escuelas mexicanas y españolas durante el siglo XIX expresaban una de las mayores contradicciones del discurso nacionalista de ambos países. Por un lado, era necesario explicar el pasado a partir de la heroica resistencia de los naturales frente a los invasores extranjeros; por otro, era evidente que esas invasiones extranjeras habían contribuido al desarrollo del país. Esta dualidad representó un serio problema para la mayoría de los historiadores, sobre todo para los mexicanos; incluso los más liberales no terminaron de resolver el conflicto que suponía cumplir con el nacionalismo oficial (proindígena y a veces violentamente antiespañol) que ellos mismos habían creado y, a la vez, responder a la simpatía que experimentaban por unos invasores de los que se sentían descender.

Palabras Clave: Nacionalismo, Historia de la Educación, México, España, Siglo XIX.

Introducción: la educación a través de los libros de texto

En la segunda mitad del siglo XIX, tanto en México como en España, la educación se presentaba como el instrumento más eficaz y prestigioso de modernización. Si la libertad sólo tenía sentido en una sociedad virtuosa, uno de los primeros objetivos del Estado debía ser modificar la mentalidad de los ciudadanos a través de la educación; el conocimiento era, sin duda, el arma más adecuada para vencer los hábitos heredados¹.

Aunque la utilización de libros de texto en las escuelas ya había sido contemplada en la Constitución de Cádiz, estas obras tan específicas experimentaron su mayor desarrollo en la segunda mitad del siglo XIX². Su origen estaba en las cartillas, catecismos, silabarios y catones del Antiguo Régimen. A diferencia de éstos, los manuales decimonónicos respondían al empeño de uniformidad del Estado liberal. A este objetivo se adhirieron numerosos autores; no sólo los historiadores profesionales o los profesores de institutos y universidades, sino también los más humildes maestros de escuelas primarias, con la esperanza de que la venta de sus obras entre los alumnos incrementase sus escasos ingresos³.

Es sorprendente constatar hasta qué punto en España todos los mitos de la sociedad del orden elaborados por los historiadores del periodo isabelino, se hicieron explícitos en los más famosos manuales de historia de la Restauración. El siguiente ejemplo puede servirnos para constatar con más detalle esta idea. Alejandro Gómez Ranera, uno de los autores más famosos de las décadas de 1840 y 1850, escribía en su *Compendio de la historia de España*:

“El espíritu de rebelión y desobediencia á las autoridades legítimamente constituidas ha atraído siempre grandes calamidades á los pueblos (...) es indudable que el supremo Hacedor dirige los destinos de ellos [los pueblos] conforme a sus sabios designios, sin que sea dado á la razón humana penetrarlos. En una palabra, que solo amando la religión Católica, el rey y la patria podrémos ser buenos ciudadanos y padres de familia”⁴.

Saturnino Calleja, uno de los autores de mayor éxito de la Restauración (su editorial llegó a ser muy importante en la distribución de libros de texto), hacía suyo este mismo discurso. En una de las “notas” de *Hagamos patria*⁵, rechazaba el cosmopolitismo porque éste borraba las fronteras y hacía desaparecer “la historia y la idea de patria”⁶. Le parecía un disparate que hubiera “personas razonables” que defendiesen la convivencia de “tendencias religiosas, idiomas, costumbres y necesidades tan diferentes” como había en el mundo⁷. Toda su exposición concluía en una afirmación tan clara como tajante: no se trataba sólo de invalidar las opiniones de los defensores del cosmopolitismo, sino de todos aquellos que defendieran cualquier cambio social:

“Los cimientos de la sociedad en todos los pueblos antiguos y modernos, cultos o incultos, son y han sido religión, autoridad, familia; sin ellos es imposible que subsista, al menos con orden y armonía. Quienes pretendan destruir esos cimientos, no pueden ser sino seres dementes u ofuscados”⁸.

¹ Sobre la idea de que la educación era el principal instrumento de progreso véase el estudio de María del Mar del Pozo Andrés, *Curriculum e identidad nacional. Regeneracionismos, nacionalismos y escuela pública (1890-1936)*, Madrid. Biblioteca Nueva, 2000.

² Sobre los manuales de historia para la primera mitad del siglo XIX véase: Manuel Moreno Alonso, *Historiografía romántica española. Introducción al estudio de la historia en el siglo XIX*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 1979, pp. 245-280.

³ Véase Bernat Sureda García, “La producción y difusión de los manuales escolares”, en A. Escolano Benito (dir.), *Historia ilustrada del libro escolar en España*, Madrid, Fundación Germán Sánchez Ruipérez, 1997 p. 88. Una referencia obligada para conocer los canales de difusión de los libros y la importancia de las empresas editoriales en el siglo XIX, es la obra de J. F. Botrel, *La diffusion du livre en Espagne (1868-1914)*, Madrid, Casa de Velazquez, 1988.

⁴ Alejandro Gómez Ranera, *Compendio de la historia de España, desde su origen hasta el fin del reinado de Doña Isabel II y año de 1852*, Madrid, Imprenta de Alejandro Gómez Fuentesnebro, 1853, Prólogo.

⁵ En la 66ª edición de sus nociones de historia de España, tituladas *Hagamos patria* (1914), Calleja utilizaba los caracteres más grandes para el cuerpo básico de la narración (el texto que debían leer los niños de 9 ó 10 años) y letras algo más pequeñas en sus “notas” y “pensamientos”, la información que el autor recomendaba a los padres o a esos mismos niños cuando llegasen a adultos. Las “notas” y “pensamientos” eran textos al margen del texto general que los pequeños lectores debía aprender. Estos dos apartados son mucho más que simples notas a pie de página; están cargadas de prejuicios y juicios políticos.

⁶ Saturnino Calleja, *Hagamos patria*, Madrid, J. Ratés, 1914, p. 13.

⁷ Idem.

⁸ Idem.

De forma similar, los más famosos autores mexicanos contribuyeron a afirmar los principios del orden del porfiriato. No obstante, el discurso era aparentemente mucho más liberal que el español, más cuidadoso a la hora de ofrecer, al menos, la promesa de que el liberalismo crearía una sociedad más justa y democrática.

Casi todos los manuales de historia mexicanos y españoles tenían una estructura bastante precisa. Generalmente, en la primera lección de los textos españoles se intentaba responder a algunas preguntas básicas como ¿qué es historia?, ¿qué es historia patria o nacional?, ¿en cuántos periodos se puede dividir?, ¿cuáles son sus principales ciencias auxiliares?, etc. Entre estas preguntas con frecuencia aparecían algunas reflexiones sobre la importancia y la utilidad de la historia y sobre el sentido y el fin de la misma. Por último, esta primera lección incluía una breve exposición de los límites del país y su configuración geográfica.

En México, sin embargo, más de la mitad de los textos analizados no incluía estas consideraciones teóricas en la primera lección. La narración sobre los primeros pobladores o sobre el Descubrimiento de América abría, de forma algo abrupta, la exposición histórica. Algunos autores tan rigurosos como Luis Pérez Verdía, Manuel Rivera Cambas, José María Roa Bárcena o Manuel Payno, no incluían ninguna definición de historia, y aquellos que sí aclaraban qué era la historia, lo hacían de forma mucho más breve y menos apasionada que en la gran mayoría de los textos españoles.

Si una de las definiciones de historia más recurrentes en los textos españoles era algo así como: “historia de España es la narración sistemática de los hechos realizados *libremente* por el Pueblo español, en cumplimiento de su *destino providencial*, y contribuyendo al *desarrollo progresivo* de la vida universal humana”⁹, los textos mexicanos en los que se podía encontrar una definición de historia no recurrían ni a la providencia ni a la libertad humana; solo mencionaban, cuando lo hacían, que historia es “la narración de los hechos pasados”¹⁰ ó “la ciencia que narra los acontecimientos pasados”¹¹. Parece que los autores mexicanos suplieron esta primera definición de la historia nacional con la pregunta “¿qué es México?” a la que respondían, unos dejándose llevar más por los sentimientos (“México es el hermoso país en que hemos nacido; es nuestra patria”¹²) y otros de forma más aséptica (“México es el país que se halla en la América Septentrional, entre los Estados-Unidos del Norte y Centro América”¹³).

El español Rafael Altamira y el mexicano Justo Sierra culminaron el progresivo desarrollo de los textos escolares y el interés por facilitar el conocimiento de la historia nacional. Los cuatro volúmenes de la obra del primero, *Historia de España y de la civilización española*, debían servir como manuales en los institutos de segunda enseñanza y en la Universidad, aunque su difusión fue mucho más amplia; como explica Carolyn Boyd, la obra de Altamira “se convertiría en la introducción a la historia de España por excelencia para una generación entera de españoles cultos e hispanistas extranjeros”¹⁴. Por su parte, Justo Sierra escribió tres obras históricas que tuvieron una gran influencia: en 1894 se publicaron *Elementos de historia patria* (para el tercer y cuarto grado de instrucción primaria) y *Catecismo de historia patria* (la versión más elemental de la historia nacional)¹⁵. Más tarde, entre 1900 y 1902, se editó la

⁹ Policarpo Mingote y Tarazona, *Compendio de historia de España para uso de los alumnos de Segunda enseñanza, seminarios y escuelas especiales*, León, Imprenta Herederos de Miñón, 1888, p. 5. Se ha escogido esta definición porque en ella se incluyen, como en toda la obra, los elementos que forman parte tanto del discurso de los más conservadores como de los más liberales. El autor sumaba a la acción de la libertad y la providencia, la idea de que la historia nacional contribuye al progreso de la humanidad. Su concepción de la nación, expuesta a continuación, nos hace pensar en la visión progresista de este autor: “la Nación, sea cualquiera el lugar que ocupe en el espacio, no es más que una suma de individuos, los cuales, aunque caracterizados por fisonomía propia, viven, se desarrollan y trabajan en el seno de una misma *Humanidad*, obedeciendo á comunes destinos, elementos y origen”, pp. 5 y 6. Otra definición similar es la de Saturnino Calleja en *Tratado de historia patria*, Madrid, Saturnino Calleja Editor, 1901, p. 9: “historia es el relato o exposición de los hechos realizados por la Humanidad para cumplir su fin providencial y progresivo en la Tierra. Historia de España es el relato de los hechos más notables realizados por los habitantes de España para la constitución, independencia y progreso de la patria española”.

¹⁰ Aurelio María Oviedo Romero, *Nuevo catecismo de historia de México arreglado para el uso de las escuelas elementales de la República Mexicana*, México, Gallegos Hermanos Sucesor, 1894, p. 5.

¹¹ Rafael Aguirre Cinta, *Lecciones de historia general de México*, México, Sociedad de Edición y Librería Franco-americana, 1926, p. 11.

¹² Teodoro Bandala, *Cartilla de la historia de México*, México, Herrero Hermanos Editores, 1901, p. 3.

¹³ José María Roa Bárcena, *Catecismo elemental de la historia de México*, México, F. Díaz de León, 1888, p. 7. Una definición parecida la encontramos en el *Catecismo de historia patria, escrito expresamente para uso de las escuelas católicas*, México, Herrero Hermanos Sucs., 1923, de José Ascensión Reyes: “¿A qué llamáis República Mexicana? Al país en que habitamos, que se halla en la América Septentrional, entre los Estados Unidos del Norte y Centro América”, p. 9.

¹⁴ Carolyn P. Boyd, *Historia patria...*, p. 133.

¹⁵ Estas dos obras se pueden encontrar en el noveno volumen de las *Obras completas* publicadas por la UNAM.

segunda obra monumental más importante del porfiriato: *México: su evolución social*; una parte de esta obra apareció con el nombre de *Evolución política del pueblo mexicano*, quizás el más famoso libro de Sierra.

Con palabras cercanas y más reflexiones generales que datos, los dos historiadores modificaron la historia depurándola de algunas de las supersticiones o mitos de las historias precedentes. Sus trabajos representaban la renovación historiográfica de ambos países a principios del siglo XX. Altamira consiguió asentar la interpretación liberal y republicana de la historia de España; desde entonces fue más difícil -aunque no imposible como demostró el franquismo- sostener que la Inquisición había tenido elementos positivos o que las expulsiones de judíos y musulmanes se hicieron a favor de la patria. Con Justo Sierra se cumplían las exigencias de conciliación impuestas por los liberales: la historiografía más moderna demostraba que en México sólo tenía sentido el liberalismo y que las demás opiniones estarían irremediabilmente abocadas al fracaso.

También con ellos se demostraba que la historiografía liberal no siempre era ni más tolerante ni menos nacionalista. En el fondo, Altamira y Sierra aceptaban los mitos elaborados por el nacionalismo precedente, sin pararse a pensar con cuánta violencia la realidad contradecía los mitos nacionalistas de la historiografía: ni México era el país de la igualdad y la mezcla de razas, ni los españoles eran el pueblo elegido por su virtuosismo originario para dirigir los destinos de la humanidad. Los problemas más urgentes y cotidianos no eran, precisamente, consecuencia de la falta de patriotismo, sino resultado de una profunda desigualdad social y del cambio de la coyuntura internacional¹⁶.

Los españoles y los extranjeros

Durante el último cuarto del siglo XIX, los autores españoles de manuales de historia explotaron con maestría uno de los mitos fundamentales de todos los nacionalismos: la historia nacional podía entenderse a través de la secular lucha entre los naturales y los extranjeros. Según este presupuesto, los “verdaderos españoles”, los naturales, habían sufrido desde el inicio de su historia la continua invasión de los extranjeros; por orden cronológico: fenicios, cartagineses, griegos, romanos, bárbaros, musulmanes, austríacos y franceses. Estas invasiones marcaban el inicio y el final de los sucesivos periodos, aunque generalmente no se hablaba de “periodo” sino de “dominación cartaginesa”, “dominación romana”, etc.

A pesar de que casi todos los autores reconocían que los íberos y los celtas no eran autóctonos, a ellos no se les consideraba invasores. Los primeros conquistadores eran los fenicios y, sobre todo, los cartagineses. En muchos textos se especificaba que ambos eran africanos y que, como tales, actuaban con astucia y malicia, mientras que los naturales se caracterizaban por la bondad y la inocencia. Alfredo Opisso, que no era un autor precisamente conservador, escribía:

“Cuéntase que, así que los fenicios desembarcaron en las costas de Gibraltar y se internaron algo en el país, quedaron asombrados de la gran cantidad de plata que se veía yacer á flor de tierra y que los inocentes indígenas se apresuraron á cambiar por aceite, con cuyo líquido les deslumbraron los extranjeros. Éstos, hábiles en las prácticas de la metalurgia, extraían entretanto, con febril actividad, el precioso metal depositado en cantidad inmensa en aquellos yacimientos...”¹⁷.

Opisso explicaba cómo la gran familia de los íberos, especialmente una rama de éstos: los turdetanos, había luchado ferozmente contra los fenicios y los cartagineses. El autor afirmaba que los africanos estaban habituados a engañar y que, conscientes de que no podían vencer en una guerra abierta, convencieron a los turdetanos de sus “buenas y pacíficas intenciones” y de que “en lo sucesivo iban á ser sus mejores y más leales amigos”¹⁸. Opisso era experto en acentuar las malas artes y los malos

¹⁶ Según Altamira, el obstáculo principal para difundir una historia de la civilización, una historia del pueblo, era la fuerza que tenía en todos los españoles la imagen de una España decadente, enferma, apagada; con otras palabras, el cambio sería posible sólo si los españoles recuperaban su autoestima y su patriotismo. Esta preocupación le llevó a escribir, en 1902, *Psicología del pueblo español*.

¹⁷ Alfredo Opisso, *Elementos de historia...*, I, pp. 47-48. Según este mismo autor, Amílcar Barca pretendía aprovecharse de España para continuar la lucha contra Roma. El general cartaginés quería hacer la guerra “por su cuenta con los medios que proporcionaría España. Este era, sí, el principal objetivo de Barca: conquistar á España para hacer la guerra á Italia; sacar de aquí la gente, los caballos, las riquezas, las vitullas, y probar con esto que no tenían necesidad del Senado de Cartago para llevar adelante sus designios”, p. 79.

¹⁸ *Ibid.*, p. 57.

sentimientos de los extranjeros; al tratar de las pérdidas de los cartagineses después de la Primera Guerra Púnica, comentaba que la forma de odiar de los primeros era la expresión de un carácter mezquino e inferior: “no era aquel odio el natural rencor del vencido, contra el que le ha humillado, sino un *odio africano, implacable*”¹⁹. Saturnino Calleja, por su parte, explicaba con detalle el espíritu traicionero de los invasores pasados y presentes:

“Los cartagineses vinieron á España para auxiliar á sus hermanos los fenicios; pero pérfidos y ambiciosos como los ingleses y los norteamericanos de nuestros días, al considerar la riqueza de nuestro suelo y las inmensas ganancias que podrían sacar de él si se aliaban con los celtiberos, así lo hicieron, y ayudaron á los españoles para expulsar de nuestra Península á los fenicios”²⁰.

Los griegos, por cultos y pacíficos, eran de algún modo los “invasores buenos”. De ellos se decía que habían establecido colonias en el levante español pero que no fueron invasores como los fenicios o los cartagineses. No sólo se asentaron de forma pacífica; también evitaron la codicia de los auténticos invasores y prefirieron ser asimilados por los naturales antes que imponer sus costumbres extranjeras. A diferencia de la invasión de los fenicios, que sólo “obraban guiados por la sola idea del lucro, y si algún beneficio se recogía de su vecindad era á pesar suyo”, la colonización griega aspiraba a “la asimilación del país, infundiéndole su espíritu y su civilización bienhechora”²¹.

Los romanos, como los dos primeros invasores, eran ambiciosos y prepotentes pero el desarrollo de su civilización y su procedencia europea, no africana, cambiaba el juicio de muchos autores. La opinión general era que los españoles adoptaron de ellos algunas de sus más importantes instituciones. Según el conservador Ricardo Beltrán y Rózpide, España ganó con los latinos “poderosos elementos de civilización, entre los que figuran, en primer término, el *Municipio*, el *Derecho* y el *Cristianismo*”²².

Algunos historiadores más liberales y perspicaces, como Pedro de Diego, fueron capaces de afirmar que a veces la dominación había sido la manera más directa, y dolorosa, de progresar. Este autor aseguraba que después de lo ocurrido en la “Torre de Babel, encontramos a los pueblos separados unos de otros” y que, por lo tanto, “era necesario que unos con otros se mezclaran para que se apropiaran todo en lo posible lo bueno de cada uno y se fueran descartando poco a poco de lo malo que encerraran”²³. Las invasiones eran el medio para llevar a cabo esta misión:

“Y como en los tiempos de que te he venido hablando son tan pocos los medios de comunicación entre los diversos pueblos, se hacían precisas esas invasiones y mezclas de hombres de distintos países y creencias, a fin de caminar hacia esa uniformidad de principios hasta conseguir que la verdad reine en toda la tierra. Como un ejemplo de esto pueden presentarse a los mismos godos, que, mediante su invasión en España, siembran aquí los gérmenes de libertad individual en contraposición á la exagerada idea social de los romanos, a la vez que ellos, idólatras en los bosques, se convierten después al cristianismo, abandonando su falsa religión por el contacto con los cristianos. Sin estas invasiones y mezclas de pueblos, el progreso hubiera sido mucho más lento en los primeros tiempos, porque no se contaba con los grandes recursos de hoy en que la imprenta, el vapor y la electricidad llevan por do quiera los adelantos en cualquier punto realizados”²⁴.

No obstante, la narración sobre los dominadores romanos llevaba a muchos autores a defender otra de las ideas más recurrentes en estos textos: era preferible la independencia al progreso. Un número significativo de autores, liberales y conservadores, afirmaba que los españoles primitivos tenían los elementos para desarrollarse por sí mismos, sin la ayuda de ningún pueblo extranjero. En general, todos reconocían las aportaciones de los romanos pero de fondo siempre quedaba el inquebrantable

¹⁹ Ibid., pp. 78-79. La cursiva es mía.

²⁰ Saturnino Calleja, *Tratado de historia...*, p. 28.

²¹ Alfredo Opiiso, *Elementos de historia...*, p. 51.

²² Ricardo Beltrán y Rózpide, *Compendio de historia...*, p. 45.

²³ Pedro de Diego, *Lecciones familiares...*, pp. 65-67.

²⁴ Idem.

orgullo español: los “notables adelantos y riquezas en agricultura, minería, artes mecánicas, comercio, arquitectura y estatuaria”, no se debían “a enseñanzas de Roma, sino al consumo que ésta hacía de los productos naturales e industriales de España”²⁵. Opisso mencionaba que “hubiera sido muy posible que sin necesidad de exóticos elementos hubiese florecido aquí una brillante civilización, nada más que con desenvolverse las *peculiares facultades del ilustre pueblo íbero*”²⁶.

Por su parte, uno de los historiadores liberales más importantes de mediados del siglo XIX, un institucionista, Fernando de Castro y Pajares, aseguraba que la configuración física de la Península Ibérica favorecía la unidad y la existencia de un sólo pueblo con un carácter propio y exclusivo. Castro y Pajares reconocía la importancia de la civilización romana pero, al mismo tiempo, no renunciaba a la usual muletilla: los españoles se hubieran desarrollado por sí mismos, sin la aportación de los invasores. Adelantaba, además, que los fracasos se producían por la falta de unidad interna, como hemos visto, una de las ideas más recurrentes en los textos historiográficos. Así, Roma había vencido no por su superioridad sino porque los españoles no lograban constituir un solo frente ante el invasor:

“En tanto los romanos necesitaron de los españoles para vencer a los cartagineses, tratáronles con benevolencia y con amor; mas así se vieron libres de sus rivales, comenzaron a mirarlos como enemigos y a tratarlos peor de lo que hemos visto trataron a los catagineses. Y esto, no por culpa de los españoles, que nada hicieron para merecer semejante trato, sino de los romanos, que no podían sufrir la vecindad de pueblos libres. Por este cambio inmotivado de conducta estalló inemdiatamente entre ambos pueblos una guerra sin tregua, tan gloriosa a los españoles por el valor, la perseverancia y el heroísmo que en ella desplegaron, como ignominiosa para los romanos por sus perfidias, tiranías y crueldades. Al fin vencieron los romanos, más que por el número y la disciplina, por la falta de unión entre los españoles; pues si en vez de tomar parte en la lucha las tribus españolas unas después de otras, se hubiesen unido desde el principio contra el común enemigo, de seguro que España hubiera sido entonces el sepulcro de Roma, como a principios de este siglo lo fue de los ejércitos de Napoleón”²⁷.

“Nuestros huéspedes los árabes”²⁸

Si con la dominación romana se empezaban a marcar las diferencias entre los autores conservadores y los liberales, con la de los árabes, las dos posturas se extremaban. Los autores conservadores, como católicos, eran realmente contundentes en sus juicios: los árabes, además de invasores, eran musulmanes, enemigos del cristianismo. Su religión restaba importancia a todos sus adelantos; el esplendor de la literatura y la ciencia de los árabes era “más brillante que verdadero”²⁹:

“La poesía árabe, hija de un pueblo apasionado, sensual e incitado por su propia religión a poner la felicidad en los goces materiales, carece por completo de espiritualismo y elevación; su único ideal está en los goces groseros de los sentidos, sin remontarse jamás a las regiones de la belleza espiritual, y si alguna vez se refleja en ella un sentimiento más puro y casto puede asegurarse que por las venas de su autor circulaba, aunque corrompida por la apostasía, sangre cristiana (...) En cuanto a las ciencias, los árabes poco o nada inventaron en ellas, sino que las recibieron de persas, indios, egipcios, sirios y griegos, acomodándolas a su religión y su raza, y lejos de hacerlas progresar, las adulteraron y corrompieron”³⁰.

²⁵ Saturnino Calleja, *Tratado de historia...*, p. 45.

²⁶ Alfredo Opisso, *Elementos de historia...*, pp. 97-98. La cursiva es mía.

²⁷ Fernando de Castro y Pajares, *Resumen de historia de España*, Madrid, Salvador Acuña y Cía, 1878, pp. 44-45.

²⁸ Expresión de uno de los autores más liberales, Pedro de Diego, en *Lecciones familiares...*, p. 68. Su aceptación de la cultura árabe, le impedía recurrir a la típica designación de “dominación árabe”, aunque no considerara “huéspedes” a los árabes, lo que suponía, por principio, la existencia de un pueblo propietario original, y por derecho natural, de la Península Ibérica. La cita completa es: “Todas estas mejoras [en agricultura y ciencia] elevaron el nivel intelectual y material de España, y, bajo estos conceptos, debemos estar agradecidos a nuestros huéspedes los árabes”.

²⁹ Francisco Díaz Carmona, *Elementos de historia de España*, Córdoba, Establecimiento Tipográfico La Verdad 1896, pp. 274-275.

³⁰ Idem.

Para algunos de los autores más famosos, si la civilización árabe había brillado tanto en España era porque se encontraba en la tierra de los hombres más valientes y capaces, en un escenario inigualable para sacar el máximo provecho del suelo y para crear las más bellas obras:

“La inferioridad de la civilización de los árabes con relación a la de los españoles está demostrada en todos los órdenes del saber. Hay quien enaltece la civilización de los moros por los monumentos que éstos dejaron en España; pero esas son obras ejecutadas por españoles y griegos, y las ejecutadas por árabes, tomando los elementos principales de los naturales de nuestro país”³¹.

Del mismo modo, la expulsión de los moriscos se entendía como el imperativo del carácter de los españoles. Éstos estaban obligados, casi sin saberlo, a defender la religión católica. La imagen dada de los moriscos no sólo era negativa porque eran musulmanes sino porque, por su natural predisposición a la traición, habían apoyado a los nobles:

“Los plebeyos se irritaron al ver concedida aquella protección á unos hombres á quienes se aborrecía con odio religioso, el más fanático e intransigente de los odios, y no contribuyó poco por cierto más adelante á la extinción de los moriscos, por parte del pueblo, el deseo de vengar en ellos el apoyo que prestaran a los nobles contra los agermanados”³².

Los autores más liberales, e incluso los moderados, hicieron grandes esfuerzos por desmontar estos prejuicios. Ana Arizmendi de Sanz señalaba que la expulsión de los moriscos, “á quienes se acusaba de sostener inteligencia con los turcos y berberiscos y que en número de un millón salieron de España”, contribuyó a “la ruina de la agricultura y del comercio”³³. Esta maestra era especialmente generosa con la aportación musulmana; a ella debían los españoles grandes progresos en matemáticas, astronomía, medicina y farmacopea; el enriquecimiento de la lengua y el desarrollo de la agricultura y de algunas industrias como las de la seda y las pieles. En fin, los árabes eran “el conducto por donde se transmitió á Europa la civilización de Oriente”³⁴.

Otro autor, Simón García y García, señalaba que la Edad Media española, no fue tan oscura por la presencia de los árabes, “en quienes se encontraba todo el saber de su época”³⁵. Según Catro y Pajares, Abderrahman I fijó un tributo a los cristianos pero, a cambio, les permitió regirse por sus leyes civiles y religiosas, “obteniendo libertad para sus personas, seguridad para sus bienes y tolerancia para su culto; promoviendo al mismo tiempo, como buen político, casamientos entre árabes y cristianos”³⁶.

La opinión más favorable se podía encontrar en el manual anarquista de Estévez. Para este autor, durante los primeros años de la dominación musulmana, “el pueblo español no mostró ningún deseo ni hizo esfuerzos por emanciparse. Los cristianos que vivían en las ciudades sometidos á las autoridades musulmanas, gozaban de una seguridad y de un bienestar que para sí quisieran los proletarios de hoy”³⁷:

“La Historia no registra una conquista más benéfica y civilizadora que la de España por los árabes. Estos respetaron la libertad individual y todos los derechos naturales de los sometidos,

³¹ Saturnino Calleja, *Hagamos patria...*, pp. 209-210.

³² Alfredo Ovisso, *Elementos de historia...*, p. 234.

³³ Ana Arizmendi de Sanz, *Elementos de historia...*, p. 106.

³⁴ *Ibid.*, p. 41. En esta misma página señalaba: “su larga permanencia entre nosotros influyó poderosamente en el carácter y costumbre de los pueblos meridionales de España. Los cantos y bailes populares de la región andaluza, los patios con surtidores de agua de las casas de Sevilla y Córdoba, el manto con que se cubre la mujer el rostro en muchos pueblos de la provincia de Cádiz, y aún ciertos manjares como el alfajor ó pan de especias, los buñuelos y el arroz con leche con que nos saboreamos, son, como dice un escritor contemporáneo (Moreno Espinosa, *Historia de España*) *déjos* de la dominación de los árabes”.

³⁵ Simón García y García, *Compendio de historia general de España*, Madrid, Imprenta de Eduardo Martínez, 1880, p. 26.

³⁶ Fernando de Castro y Pajares, *Resumen de historia...*, p. 96. El autor acentuaba a continuación la importancia de esta civilización: “La agricultura, el comercio y las artes tomaron un prodigioso vuelo. Su sistema de riegos, la explotación de las minas y la profusión de baños públicos, indican bien su adelantada civilización. Abderrahman comenzó la grande aljama (mezquita), hoy catedral de Córdoba, admiración de naturales y extranjeros. Córdoba fue el santuario de las letras y las ciencias. Franqueaban sus puertas al público setenta bibliotecas y setenta escuelas; había una academia compuesta de cuarenta individuos, donde se controvertían las cuestiones más importantes de filosofía y literatura” (pp. 96-97).

³⁷ Nicolás Estévez, *Resumen de historia...*, p. 41.

enseñándoles además, todas las artes é industrias de Oriente. En las ciudades españolas convivían y prosperaban los árabes, los africanos y los españoles, respetándose por igual las conciencias y los cultos de cristianos, mahometanos y judíos. La época árabe fue la de más humanidad y tolerancia que en España se recuerda, aun después de la insurrección de Asturias y de haberse constituido los primeros reinos españoles”³⁸.

A pesar de estas excepciones, en general, a los autores españoles les fue imposible renunciar a la idea de que con la Reconquista de los territorios árabes se había salvado la nacionalidad. Emilio Castelar escribía en un periódico mexicano, *El Monitor Republicano*, que América era la recompensa con la que “sin duda quiso Dios premiar el término de aquella grandiosa epopeya de siete siglos, en que detuvimos á los árabes en Covadonga”; es más, “el premio de siete siglos de sacrificios, el premio de aquella cruzada inacabable en que habíamos salvado las nacionalidades e interpuesto nuestro pecho entre Europa y África para favorecer la civilización cristiana”³⁹.

Los mexicanos y los extranjeros

En México, como en España, se sintió el imperativo nacionalista de establecer quiénes eran los naturales y quiénes los extranjeros o enemigos. Además, éstos ayudaban a crear la identidad propia. Los mexicanos, como los españoles, podían ser vencido pero nunca dominados: “nada da una idea mas perceptible de lo que tiene de constante y de altivo, como heredado de la raza española, el carácter de los mexicanos, como lo que pasa en nuestras guerras civiles y extranjeras. Parece que las derrotas no sirven sino de estímulo y de aliento para seguir el combate”⁴⁰.

Esta especie de destino providencial explicaba que todos los países que intentaban dominarlos pagasen a largo plazo su ambición. Sobre los dominadores, los autores mexicanos, como los españoles, lanzaban los peores augurios. Según Sierra, siempre que intentaban dominar a México se producía “una especie de elemento fatal, de influjo maligno”; las intervenciones exteriores producían traumáticos conflictos interiores en las naciones invasoras: “de la intervención francesa nació la guerra francoalemana; de la invasión americana nació la guerra de secesión”⁴¹.

Con todo, y a pesar de la nitidez con la que se marcaba quiénes eran los extranjeros en los textos mexicanos, la separación drástica de invasores y naturales no era el argumento más adecuado a las circunstancias de la élite que escribió la historia⁴². La historia de México no podía estar marcada por la resistencia ancestral de los verdaderos mexicanos. ¿Eran los indígenas los verdaderos mexicanos? O mejor dicho, ¿quería, esa élite que escribió la historia nacional, que fuesen los indígenas los verdaderos mexicanos?

Recientemente, Aimer Granados García ha analizado con agudeza el conflicto entre hispanófilos e hispanófobos mexicanos, especialmente el surgido a raíz de la celebración del aniversario de la Independencia. Según este autor, muchos de los discursos patrióticos de los liberales se caracterizaban por la “antipatía constante contra España”⁴³. Los conquistadores eran comparados con

³⁸ Ibid. p. 40.

³⁹ *El Monitor Republicano*, 8 de septiembre de 1881.

⁴⁰ Manuel Payno, *Compendio de la historia...*, pp. 255-256.

⁴¹ Justo Sierra, *Obras completas*, IX: “Ensayos y textos elementales de historia”, México, p. 249.

⁴² Sobre las relaciones cotidianas entre la élite mexicana y la española véase el epígrafe 2. 1. “El nacionalismo de la colonia española en México” del capítulo VIII. Un interesante estudio sobre estas relaciones es el de Luis A. Vázquez Pasos. “Élites e identidades. Una visión de la sociedad meridana de la segunda mitad del siglo XIX”, *Historia Mexicana*, 4 (2002).

⁴³ Aimer Granados García, *Los debates sobre España: el hispanoamericanismo en México a finales del siglo XIX*, México, El Colegio de México (Tesis Doctoral), 2002, p. 160. La disputa entre hispanófobos e hispanófilos se repetía constantemente a lo largo de los años. En numerosas ocasiones, y sobre diversos temas, los periódicos de uno y otro bando se enfrentaba para concluir si la Colonización había sido positiva o negativa para México. Véase, por ejemplo, la siguiente compilación de artículos periodísticos: *Polémica entre el Diario Oficial y la Colonia España sobre la Administración vireinal en Nueva España y la colonización en México*, México, Imprenta Poliglota, 1875. La Guerra del 98 entre España y Estados Unidos desató la reacción de los mexicanos y de la colonia española en México. El mismo Granados García ha analizado la intensa actividad patriótica de la colonia española en México, que llegó a promover la recogida de fondos para la construcción de una barco de guerra e incluso la construcción de toda una flota naval para España; el proyecto sacó a la luz las disputas al interior de la colonia, lo que confirma que ésta no constituía un bloque único y homogéneo, Aimer Granados García, “Las Juntas Patrióticas de españoles en México ante el 98: patriotismo, disidencia y proselitismo político”, *Historia Mexicana*, 3 (2000). Rafael Rojas y Tomás Pérez Vejo han tratado también el mismo tema, centrándose esta vez en las respuestas mexicanas a la Guerra y no en las de la colonia española. Ambos insisten en que el acontecimiento dio pie a un debate interno sobre la propia esencia y la historia de los mexicanos. Pérez Vejo,

los abarroteros, esto es, con los emigrantes del siglo XIX que llegaban a México desde las zonas más deprimidas de España para hacer su fortuna como comerciantes. Este autor también ha estudiado la discusión que en la década de 1890 protagonizaron los indigenistas, los hispanoamericanistas y los defensores de lo que ha llamado “patriotismo liberal mexicano”. La cuestión estaba en establecer quién había sido el padre de la nacionalidad mexicana, ¿el pueblo indígena, representado por Cuauhtémoc; o el pueblo español, con Hernán Cortés a la cabeza?

A pesar de que la tesis de Granados García ha puesto en evidencia el debate que desencadenaba la definición de la nacionalidad y que este conflicto era lo realmente característico, la comparación de las historiografías de ambos países es un potente instrumento para confirmar que en los textos mexicanos el discurso del invasor se radicalizaba con el periodo independiente. Para los españoles estaba muy claro que, a pesar de que podían reconocer las aportaciones de los romanos o los musulmanes, ambos eran pueblos extranjeros que habían invadido el suelo patrio. Para los mexicanos, y a pesar de que los más liberales lo defendieron en numerosas ocasiones, este discurso suponía la negación de sí mismos, lo que no ocurría en el caso español. La llegada de los españoles no podía ser interpretada como la irrupción de los grandes enemigos de México; para buena parte de los mexicanos ilustrados, incluso para los liberales, los españoles les habían “salvado” de ser indígenas:

“¡Ah! Madre España, tu gran sombra está presente en toda nuestra historia; a ti debimos la civilización, a ti que en pos del conquistador nos mandaste al misionero; a ti debimos la independencia, a ti que de la sombra del virrey hiciste surgir al tribuno, a ti debemos nuestros errores, nuestros crímenes, nuestras virtudes; el día que tu poder material se extinguió en América, ese día tu espíritu siguió viviendo en nosotros, y reflejo de tu tormentosa historia ha sido la nuestra; tu amor a la libertad, frenético y heroico, hierve en nuestra sangre; tu fatigoso empeño de conciliarla con el orden es la sustancia viril de nuestras esperanzas; por ti vivimos; como tú vivimos. Y cuando la patria ha peligrado, cuando la tierra en donde de ti nacimos ha sido profanada por la invasión, a ti hemos convertido nuestras miradas, y para fortificar nuestra alma, nuestros labios han pronunciado el nombre dos veces santo de Zaragoza”⁴⁴.

El término “dominación” perdía fuerza si, a continuación, como ocurría en el texto de José R. del Castillo, se afirmaba que ésta había formado la nacionalidad mexicana:

“La dominación española formó la nacionalidad mexicana. Cuando Cortés efectuó la conquista de México, á la que sucedieron tantas otras conquistas de pueblos distintos, el extenso territorio de nuestra República no formaba una sola personalidad social; los mayas eran independientes en Yucatán; los zapotecos eran aliados de los mexicanos; una confederación reunía los reinos de Tacuba y de Texcoco al Imperio; eran independientes los michoacanos, los tlaxcaltecas, los cholultecas y los huejocingas. Se encontraba fuera de toda influencia azteca los tarahumares, los yaquis, los zacatecas y otros tantos pueblos, que poco a poco los españoles fueron venciendo, conquistando y asimilando á su modo de ser.

La conquista y la administración vireinal unificaron el territorio, la obra de los misioneros unificó la religión y el idioma; pues si bien cada raza conservó su idioma propio, el español se extendió por donde quiera”⁴⁵.

Los franceses y los estadounidenses eran los más recientes invasores. Frente a ambos, los liberales se debatían con sus sentimientos. ¿Por qué dos países liberales y republicanos por naturaleza conquistaban otros países hermanos, guiados por los mismos ideales? En 1862 los franceses fueron los

para quién el sentimiento antiespañol de los mexicanos era muy fuerte, destaca la posición de los liberales del lado de los insurrectos cubanos. Rojas analiza también con brillantez cómo el debate sobre si España tenía o no derecho a mantener Cuba desembocó en un conflicto de imaginarios culturales y en el desarrollo del discurso eugenésico. Véase: Rafael Rojas, “Retóricas de la raza. Intelectuales mexicanos ante la Guerra del 98”, *Historia Mexicana*, 4 (2000) y Tomás Pérez Vejo, “La Guerra hispano-estadounidense del 98 en la prensa mexicana”, *Historia Mexicana*, 2 (2000).

⁴⁴ “El día de la patria”, *La Libertad*, 16 de septiembre de 1883, en Justo Sierra, *Obras completas*, IX: “Ensayos y textos elementales de historia”, p. 109.

⁴⁵ José R. del Castillo, *Curso elemental...*, p. 83.

enemigos más perfidos y desleales de México pero, si habían actuado así era porque en Francia ocupaba el máximo cargo un déspota: Napoleón III.

Otro dato significativo es que el eje de la narración del México prehispánico estaba en el concepto de peregrinación, y no el de invasión, como ocurría en el caso español. Como afirmaba Justo Sierra, “todo es, pues, migración en nuestra primitiva historia, todo es movimiento”⁴⁶. En comparación con la seguridad con la que los españoles delimitaban el núcleo originario español, esencial y atemporal, el tratamiento que los mexicanos daban a su pasado prehispánico destaca por sus ambigüedades. Antes de la llegada de los españoles no existía en México un núcleo originario de nacionalidad tan definido y legitimado como en España con los celtíberos. Así, en los textos mexicanos se hacía referencia a los mixtecos, a los zapotecos, etc., hasta llegar a la explicación de los mexicas o aztecas. Es muy expresiva la afirmación de Aguirre Cinta: “nuestro país estuvo habitado primitivamente por diversos pueblos, que se repartieron la posesión del territorio a medida que a él iban llegando”⁴⁷. Este movimiento tenía, además, una dirección: desde el norte hacia el sur. La idea de peregrinación frente a la de invasión se reforzaba con la imagen de los indígenas llegando en diferentes momentos (“por tribus que a manera de olas se empujaban unas a otras”⁴⁸), no todos juntos y a la vez a un mismo territorio.

En conclusión, el afán del Gobierno de Porfirio Díaz por ocultar los conflictos afectó determinantemente a la historiografía. La república y la paz política ofrecían una alternativa única para los mexicanos: con estas instituciones se podían superar la historia, los rencores y hasta las invasiones recientes. La posibilidad de ser sólo mexicanos y tener unos mismos derechos y deberes fue el argumento fundamental en el que desembocaban todos los discursos sobre los extranjeros. Manterola, recomendaba a los profesores comenzar a explicar la historia de México con esta afirmación:

“Nosotros somos mexicanos; es decir, que hemos nacido en el país que se llama México; que formamos parte de la Nación ó República Mexicana. En ella existen dos razas principales: la indígena, y la que descende o viene de los españoles, y de otros pueblos de Europa y América; pero los de una y otra son ahora sólo mexicanos, y tienen todos iguales deberes y derechos”⁴⁹.

Los exóticos gustos de los países hegemónicos

El proceso de construcción de identidades nacionales implicaba deslindar la esencia propia de las demás, marcar las diferencias y convencer a los lectores de que ser español o mexicano era, por sí mismo, motivo de orgullo. Como hemos visto hasta ahora, para los españoles, toda su historia estaba marcada por continuas invasiones de extranjeros ambiciosos y traicioneros que se aprovechaban de la afabilidad y las buenas intenciones de los naturales; ni siquiera la civilización de los romanos podía ser mejor que la independencia. Además, muchos autores estudiados –y entre ellos, muchos de los más famosos- mostraba abiertamente su disgusto por el periodo árabe.

Por su parte, los mexicanos tuvieron enormes dudas a la hora de definir su identidad. Mientras que, según el discurso oficial, la independencia recuperaba la historia y el legado prehispánico frustrada por la Colonia, la mayoría de los autores conservadores y liberales manifestaba en un momento u otro del texto su disgusto ante la herencia indígena, lo que demostraba que lo indígena era mucho más un problema que una riqueza o una aportación. Si los árabes para los españoles estaban tan lejos en el tiempo como para no representar un agravio en el presente, la presencia de indígenas en el México del siglo XIX les recordaba continuamente que no eran tan blancos como se sentían.

Aún así, los mexicanos no dudaron en levantar el *Palacio Azteca* en la Exposición Universal de 1889 en París. A pesar de que los numerosos comisionados mexicanos, los “magos del progreso” como los llama Mauricio Tenorio⁵⁰, se encargaron de recoger los más diversos productos de toda la República, la imagen de México más atractiva en Francia era indígena y exótica. En este sentido, la exposición universal, según Payno ese “pacífico torneo de la inteligencia y del trabajo”⁵¹, significó un

⁴⁶ Justo Sierra, *Obras completas*, XII: “Evolución política del pueblo mexicano”, p. 33.

⁴⁷ Rafael Aguirre Cinta, *Lecciones de historia...*, p. 13.

⁴⁸ Manuel Rivera Cambas, *Cartilla de historia...*, pp. 3-4.

⁴⁹ Ramón Manterola, *Primeras nociones...*, p. 21.

⁵⁰ Mauricio Tenorio Trillo, *Artifugio de la nación moderna. México en las exposiciones universales, 1880-1930*, México, FCE, 1998.

⁵¹ El autor se refiere a la Exposición Universal de Viena, en 1873. Manuel Payno, *Compendio de la historia...*, p. 338.

expectativa frustrada para un país tan interesado en mostrar al mundo los adelantos agrícolas e industriales, en definitiva, el progreso y la civilización crecientes.

Las contradicciones de la modernidad se hacían explícitas en este pabellón nacional que, según Tenorio, “era la versión de acero de *México a través de los siglos*”⁵². Por un lado, el edificio reflejaba la singularidad nacional de México (la cultura azteca sólo se había desarrollado en este país) y la aceptación de las élites liberales del discurso indigenista que les permitía diferenciarse de España y, por lo tanto, defender la soberanía del joven país republicano y liberal. Las doce efigies de dioses y reyes aztecas de la fachada confirmaban la intención de los responsables de defender las raíces indias de México. Por otro lado, la elección de la alternativa más “nacional” y exótica podía representar un problema para los comisionados mexicanos, que esperaban que “toda la propaganda de México en París [subrayara] que las clases altas mexicanas eran inequívocamente blancas, y por ende que México encajaba en la modernidad según un criterio establecido por las sociedades modernas, a saber: una estructura de clases bien definida”⁵³.

Si a México se le pedía desde el exterior que, ante todo, fuera el país de las pirámides, de las selvas vírgenes e inhóspitas, de los dioses de piedra y de las tradiciones ancestrales, a España se le pedía que fuera oriental, que reflejara más la atmósfera de Granada que la castellana de Pelayo. Esto es, lo que más atraía de ambos países en el exterior era, precisamente, lo que más se rechazaba en el interior.

La exótica España árabe que el romanticismo tanto había difundido desde principios del siglo XIX terminaba por ocultar cualquier demostración moderna de este país en las exposiciones universales⁵⁴. María José Bueno Fidel ha estudiado la relación que a partir de estas celebraciones se estableció entre el nacionalismo y la arquitectura. Según la autora, los arquitectos encargados de levantar los pabellones españoles se preocuparon más por explotar el prejuicio del exotismo español que por promocionar “lo nacional”: “en un principio el acercamiento a la arquitectura histórica está más influenciado por un deseo de motivos exóticos y pintorescos que por la búsqueda de raíces nacionales”⁵⁵. La Alhambra era un motivo recurrente en las exposiciones; se sabía que este emblema del arte español aseguraba el éxito de la participación española, aunque no cumpliera con el objetivo de acercarse a Europa y demostrar los adelantos españoles. La afluencia de viajeros extranjeros en España durante la segunda mitad del siglo XIX, no hizo más que extender el prejuicio de lo exótico:

Sólo a finales de siglo, las comisiones encargadas decidieron cambiar de estrategia. La dificultad mayor estaba en convencer a los demás países de que el mudejar y el plateresco representaban mejor la esencia de lo español, y que no por ello España alardeaba de su pasado imperial. Según Michael Frisch, el pabellón plateresco de José Urioste para la Exposición Universal de París en 1900, quería simbolizar un homenaje a la extensión de la cultura hispana; mostraba, además, con toda la majestuosidad de este estilo español, “las potencialidades y energías” de los países latinoamericanos a los que España había dado su civilización⁵⁶. El edificio hacía una alusión directa al renacimiento español y a la cultura de las universidades, a un pasado español “culto, serio y alejado de los folclorismos”. Un intento en parte frustrado, a pesar de las numerosas críticas positivas que recibió, porque en el mismo recinto, la organización de la Exposición había dispuesto, como una de las máximas atracciones, un pabellón denominado “L’Andalousie au temps des maures”, donde se celebraban fiestas flamencas. Los comentarios en una revista catalana, *Hispania*, ponían en evidencia la frustración de los delegados españoles: “me pongo nervioso al encontrarme en París con ese españolismo abarraganado que debiéramos esconder como se esconde una úlcera”⁵⁷.

⁵² Mauricio Tenorio Trillo, *Artilugio de la nación...*, p. 109. Al respecto son muy interesante los capítulos IV a X.

⁵³ *Ibid.*, p. 130.

⁵⁴ Como la capacidad organizativa que demostró en la Exposición Universal de Barcelona de 1888, al construir los Palacios de Industria, de Bellas Artes, de las Ciencias, de la Agricultura, etc., además de los pabellones nacionales y regionales. Véase, por ejemplo, el *Album de fotografías de la Exposición Universal de Barcelona*, Barcelona, 1888, del fotógrafo Audouard y Cia. Algunas obras fundamentales sobre estos eventos son: Robert Rydell, *All the World's a Fair*, 1984; James Gilbert, *Perfect Cities: Chicago's Utopias of 1893*. México no asistió a esta exposición.

⁵⁵ María José Bueno Fidel, *Arquitectura y nacionalismo: pabellones españoles en las exposiciones universales del siglo XIX*, Málaga, Universidad de Málaga-Colegio de Arquitectos, 1987, p. 20.

⁵⁶ Michael Frisch, “El prisma del pasado en el cambio de siglo: uso de las ferias mundiales. La exposición Panamericana de 1901 como estudio de un caso concreto”, *Studia Historica (Historia Contemporánea)*, 16 (1998), pp. 130-131.

⁵⁷ Las reflexiones de este párrafo y las citas son de María José Bueno Fidel, *Arquitectura y nacionalismo...*

A pesar de los cambios, el dilema continuaba presente. José Álvarez Junco señala que, pese a todos los esfuerzos, el público extranjero no hubiera sido demasiado receptivo a la idea que España estaba más interesada en mostrar: la de un pueblo valiente, independiente y conquistador:

“El caso español ofrece un ejemplo especialmente significativo de dudas hamletianas y vaivenes drásticos sobre el tipo de imagen a presentar. La primera posibilidad considerada ha sido siempre el pasado histórico y cultural del país, pero ello llevaba inevitablemente a tocar temas sobre los que un público extranjero -europeo, sobre todo- tenía sentimientos conflictivos: la hegemonía de los Habsburgo, la conquista de América, la Contrarreforma, la Inquisición, la expulsión de judíos y moriscos. Otra posibilidad era refugiarse en el estereotipo taurino-orientalista consagrado por los viajeros y escritores románticos del siglo XIX, pero ello a su vez provocaba el desagrado entre las élites políticas e intelectuales del país, que lo consideraban superficial y, pero aún, asociado a la excepcionalidad y el atraso respecto al resto de Europa”⁵⁸.

Guerras malas y guerras buenas

El discurso sobre la guerra en los manuales escolares es interesante para constatar hasta qué punto era peculiar la paz política que ambos países vivieron en el último cuarto del siglo XIX. Era común la idea de que la paz y el orden compensaban tantos años de dificultades, y que sólo en estas circunstancias era posible el progreso y el reconocimiento internacional. Así, en principio, la paz era el objetivo principal y el bien máspreciado. Los autores estudiados eran conscientes –y querían que sus lectores también lo fuesen- de que recientemente se había superado un largo periodo de guerras civiles. Por ello, la historia debía enseñar a ser pacíficos, a hacer prevalecer el espíritu de paz.

Junto a esta convicción, existía otra aún más importante: la defensa de la paz no implicaba la conciliación. La paz había sido el fruto de la victoria y no del diálogo. La historia no tenía que satisfacer a todos los partidos o a todas las facciones, ni siquiera tenía que ser el fruto de un cierto consenso nacional sobre qué mitos y creencias inculcar a los alumnos. En México, el triunfo liberal en la Guerra de Reforma había posibilitado la imposición de la visión exclusivamente liberal de la historia; en España, el fracaso de la Primera República era tan evidente para los liberal-conservadores que automáticamente se legitimaba su versión monárquica y centralista del pasado.

Este doble discurso permitía sostener que no todas las guerras, ni siquiera las civiles, eran malas. Los enfrentamientos civiles eran positivos si servían para que el país siguiera su marcha hacia el progreso, o si se hacían en nombre de “ideas justas”⁵⁹. El mexicano Ramón Manterola, al explicar el conflicto interior que se desencadenó a raíz de la Intervención francesa, señalaba breve y claramente que los franceses habían sido llamados y ayudados por los conservadores mexicanos. Para este autor las guerras eran, en principio, desastrosas: recomendaba a los profesores que señalaran de forma explícita los “males y prejuicios que originan las guerras”; la “injusticia de las cuatro que se [habían] hecho á México y justicia con que la Nación Mexicana se [había] defendido”; la “tendencia de los pueblos fuertes, á oprimir á los débiles”; y el “horror que debe inspirar todo abuso de la fuerza, sobre todo cuando sirve de apoyo á una injusticia”⁶⁰. Con todo, terminaba por aceptar que las guerras civiles a veces traían consecuencias positivas:

“Las guerras civiles son un grave mal, pero á veces son necesarias y aun dignas de aplauso, si el que las promueve se ve en la necesidad de hacerlo para libertar á un pueblo de una tiranía insoportable ó para conquistar el triunfo de principios, sobre los que no pueda caber duda de que serán el origen de la grandeza futura de dicho pueblo”⁶¹.

⁵⁸ José Álvarez Junco, “Comentarios a las ponencias de Santos Juliá y Michael Frisch”, *Studia Historica (Historia Contemporánea)*, 16 (1998), p. 138.

⁵⁹ Sobre la importancia de la guerra en la mitología nacionalista española véase la obra de Tomás Pérez Vejo, *Pintura de historia...*, especialmente las pp. 807-832.

⁶⁰ Ramón Manterola, *Primeras nociones...*, p. 29.

⁶¹ *Ibid.*, pp. 27-28.

Además, como afirmaba Sierra en varias ocasiones, las guerras civiles eran un potente instrumento para crear la nacionalidad, o como diríamos ahora, la identidad nacional. Según este autor, al finalizar la Intervención “México había perdido en los campos de batalla, y por las consecuencias de la guerra, más seguramente de trescientas mil almas, pero había adquirido un alma, la unidad nacional”⁶². Después de esta guerra justa, Sierra explicaba que se había conseguido una “paz duradera”, y que “la República fue entonces la nación”⁶³. De este modo, la guerra había permitido legitimar los valores liberales y desautorizar definitivamente a los malos mexicanos, los conservadores; en esto consistía la *evolución social del pueblo mexicano*.

Precisamente porque la evolución social fue en ambos países tan estimada, era frecuente la idea de que las guerras también servían para extender el progreso y la civilización. Una vez más, las circunstancias imponían un preámbulo en el que se privilegiara la paz: las tiernas palabras del niño que aprendía de su padre la historia de España en el ameno libro de Pedro de Diego, cumplían con este objetivo. Manolito sentía los sufrimientos de los españoles: “¡Siempre luchas y dificultades! ¡Parece como que los hombres han nacido para estar en una continua guerra! ¡Qué inmensa desgracia!”⁶⁴. A continuación, el padre -la madurez, la sensatez- venía a añadir realismo a los argumentos infantiles:

“Verdad es, hijo mío, que la humanidad está como condenada á perpétua lucha; pero eso que tú crees un mal, es, sin embargo, uno de los medios de que la Providencia se sirve para mejorar la condición humana (...) Esta guerra, por ejemplo, de los reyes con los nobles en que aparentemente no se ve otra cosa que disturbios, sangre y ruinas, da por resultado, sin embargo, el mejoramiento de los pueblos y de la clase media, en la que se apoyan los reyes para resistir a la nobleza”⁶⁵.

Si las guerras exteriores, de colonización, eran buenas porque respondían al imperativo expansivo de los países civilizados, las de liberación, es decir, las establecidas a raíz de la invasión de los enemigos exteriores, eran aún mejores. Para los españoles, todas las guerras batalladas en territorio peninsular desde la llegada de los fenicios, eran justas precisamente por esto.

Las guerras de liberación provocaban los comentarios más patrióticos y exaltados. Con ellas se defendían los principios fundamentales del honor y de la civilización. Según el mexicano Manuel Larrainzar, se trataba de vengar las “usurpaciones que hollan los derechos de la humanidad”⁶⁶; o según el liberal español Fernando de Castro y Pajares, de defenderse “con tan porfiada resistencia contra la tiranía”⁶⁷.

Por supuesto, todos los autores se enorgullecían de cómo habían actuado a lo largo de la historia. Las batallas y las guerras que se perdían aparecían en los relatos como el resultado de la injusticia y de las malas artes de los extranjeros. Como los invasores nunca habían vencido lealmente, las paces se entendían siempre humillantes si eran consecuencia de la derrota. Calleja exponía claramente este argumento. Para él, las victorias eran fruto del valor heroico de los españoles; las derrotas, sin embargo, nacían “de la perfidia y de la traición de sus adversarios: nunca los españoles [habían] sido vencidos lealmente”⁶⁸.

“España, siempre heroica, fue vencida en el primer siglo de la Era Cristiana, no por el valor, ni por la resistencia, sino por la perfidia y la traición de los representantes de Roma: así también fue vencida por los americanos en el penúltimo año del siglo XIX”⁶⁹.

⁶² Justo Sierra, *Obras completas*, XII: “Evolución política del pueblo mexicano”, p. 358.

⁶³ *Ibid.*, p. 359.

⁶⁴ Pedro de Diego, *Lecciones familiares...*, pp. 102-103.

⁶⁵ *Idem.* El autor se refiere a las luchas medievales entre la nobleza y la realeza.

⁶⁶ Manuel Larrainzar, *Algunas ideas...*, p. 2.

⁶⁷ Fernando de Castro y Pajares, *Resumen de historia...*, p. 59.

⁶⁸ Saturnino Calleja, *Tratado de historia...*, pp. 159-160.

⁶⁹ *Ibid.*, p. 39.

Los adversarios políticos como enemigos de la patria

Algunas de las más importantes manifestaciones de la identidad nacional en ambos países, sorprende la convicción con la que, en el siglo XIX, se sostuvo tan abiertamente que la historia oficial era la única versión posible, que todos los nacionales estaban obligados a aceptarla como propia, cuando era evidente que el nacionalismo, y la identidad nacional que éste ofrecía, era por encima de todo un discurso político, un instrumento de la facción política que había logrado establecerse en el poder después del largo periodo de luchas civiles⁷⁰.

Traición era una de las palabras más repetidas en los manuales de historia del siglo XIX. La historia enseñaba que había que estar al tanto, dudar de las aparentes buenas intenciones de los poderosos y sobre todo de los extranjeros, porque éstos podían estar siempre conspirando, preparando su traición. La traición era el peor de los crímenes posibles; el delito “imperdonable”. Los buenos mexicanos o españoles ni podían ni debían olvidar estos agravios. Los agravios del pasado servían para demostrar que era necesario tener siempre una actitud expectante con los adversarios políticos. Los traidores generalmente coincidían con los “extranjerizantes”, con aquellos enemigos internos de la patria que trabajaban para disturbarla en su progresiva perfección.

Para varios autores españoles, la traición era el principal motivo de las desgracias patrias. Según Ricardo Beltrán y Rózpide, “los judíos abandonaron á España y pasaron al África, donde muy pronto habrían de encontrar medio de vengarse, favoreciendo la invasión de los musulimes en la Península”⁷¹. Del mismo modo razonaba Francisco Díaz Carmona:

“La rapidez y facilidad con que se verificó esta conquista [árabe] no debe atribuirse a la superioridad militar del pueblo invasor, ni a un estado de absoluta postración en la monarquía visigoda. Más bien fue el resultado de una horrenda traición (...) Habiendo venido los árabes, como auxiliares del partido witizano, que tenía secuaces en las principales ciudades, fue fácil a estos, en unión con los judíos, enemigos irreconciliables de la religión y la patria, preponderar en las poblaciones y abrir las puertas de ellas a los invasores”⁷².

Para muchos autores mexicanos, la amistad de algunos pueblos indígenas, como los tlaxcaltecas, con Cortés era inversamente proporcional al patriotismo (“siendo en lo sucesivo el más fiel amigo y aliado de Cortés, así como el más grande enemigo de su patria y de su raza”)⁷³. Además, no se podía ser tolerantes con los traidores; a ellos había que recordarles tanto como a los héroes. El famoso periodista liberal Enrique Chavarrí, alias Juvenal, escribía en *El Monitor Republicano* que recordar a los patriotas era tan importante como evocar a los que ayudaron al enemigo a invadir la patria: “de la misma manera que imperecedero es el recuerdo de aquel día, eterna será la memoria del crimen nefando de los que ayudaron al enemigo de la patria”⁷⁴.

El perdón era, en principio, impensable. El castigo de los traidores internos era el punto de partida para luchar contra los invasores exteriores. Es más, las crueldades propias, las cometidas en las guerras de liberación, nunca se interpretaban como tales, sino como demostraciones de coherencia y fidelidad a los ideales. A esta conclusión se podía llegar fácilmente después de leer los comentarios al fusilamiento de Maximiliano. Las gestiones de la reina Carlota en la Corte francesa no impidieron la

⁷⁰ Este tipo de razonamiento hace pensar que los “ingredientes” esenciales de los nacionalismos del siglo XX están en este primer nacionalismo. Las reflexiones de Michael Mann sobre los nacionalismos recientes son interesantes para constatar la relación (Michael Mann, “La cara oculta de la democracia: la limpieza étnica y política como tradición moderna”, *New Left Review*, 1: febrero de 2000). Para este autor el nacionalismo orgánico define un pueblo único e indivisible y rechaza que el Estado esté basado en la institucionalización del conflicto. El movimiento nacional en sí, se cree capaz de representar al pueblo en su conjunto, a la “nación orgánica”, y por ellos capaz de superar todos los conflictos de intereses de la sociedad. “El organicismo conducía a la exclusión de las comunidades minoritarias y de los adversarios políticos de la plena pertenencia a la nación. Estos nacionalistas terminaron por creer en 1) una esencia nacional, distinguible de otras esencias nacionales; 2) su derecho a un Estado que expresara fundamentalmente esa esencia; 3) su derecho a excluir a «otros» con esencias diferentes que debilitan la nación” (p. 33). Por el concepto de nación orgánica, el pueblo puede identificar “a una minoría con un enemigo o explotador exterior, ya sea un Estado extranjero o una «conspiración internacional». La identificación de tales enemigos posibilita la cohesión del conjunto del pueblo orgánico, que salva así sus conflictos sociales internos” (p. 48).

⁷¹ Ricardo Beltrán y Rózpide, *Compendio de historia...*, p. 65.

⁷² Francisco Díaz Carmona, *Elementos de historia...*, p. 162.

⁷³ Teodomiro Manzano, *Lecciones de historia...*, p. 25.

⁷⁴ *El Monitor Republicano*, 5 de mayo de 1882.

ejecución. El emperador, cuya decisión de abdicar fue frustrada por los conservadores, fue fusilado en Querétaro el 19 de junio de 1867. Según el autor liberal José R. del Castillo:

“Maximiliano fue ejecutado (...) Juárez, que residía en San Luis Potosí, fue inflexible; y la ejecución de la sentencia de la república hizo conmovier los tronos de los monarcas europeos, y marcó la destrucción del partido reaccionario. Al fin los liberales se encontraban en disposición de encaminar la república, al progreso, a la civilización y al afianzamiento de las instituciones liberales”⁷⁵.

También Payno insistía en la coherencia de la ejecución. Ante la exigencia de “salvar a la República”, cualquier medida estaba justificada:

“Jamás gobierno alguno en el país había inspirado mas miedo ni mas respeto á la nacion. La muerte de Maximiliano y de los personajes que se han mencionado, dió una idea terrible dentro del país y en el extranjero, del poder y de la fuerza de los que tuvieron una voluntad inflexible para salvar á la República”⁷⁶.

Sin embargo, el discurso no finalizaba aquí. En los buenos mexicanos, la coherencia era compatible con la misericordia, lo que hacía que en el último momento los buenos sentimientos de los patriotas, su nobleza natural, les llevara a aceptar algunas excepciones. La flexibilidad final, el aligeramiento de las penas de los enemigos, era el mayor gesto de caballerosidad que se podía hacer; la demostración del honor y la virtud que con tanta evidencia caracterizaba a los buenos, es decir, a los que escribían la historia, frente a los bajos instintos de los malos mexicanos. Después del fusilamiento de Maximiliano, Payno informaba de que “la templanza y la benevolencia reemplazaron á las medidas extremas. A los oficiales juzgados en Querétaro y sentenciados a muerte, se les perdonó la vida, y en su lugar se les señaló la pena de destierro ó prisión. Los presos en México fueron tratados con la mayor consideración”⁷⁷. Algo que a Pérez Verdía le parecía una falta de criterio:

“Fueron juzgados los hombres prominentes del Imperio con lenidad, porque el carácter mexicano no es vengativo; pero con falta de equidad y de criterio, conmutándose la pena de muerte en la de prisión, ésta en la destierro, la de confiscación en la de multa, etc.”⁷⁸.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- AGUIRRE CINTA, Rafael. *Lecciones de historia general de México*. México, Sociedad de Edición y Librería Franco-americana, 1926.
- ALTAMIRA, Rafael. *Psicología del pueblo español*. Madrid, Biblioteca Nueva, 1997.
- ÁLVAREZ JUNCO, José. Comentarios a las ponencias de Santos Juliá y Michael Frisch. *Studia Histórica (Historia Contemporánea)*. 16 (1998).
- ARIZMENDI DE SANZ, Ana. *Elementos de historia de España*, Sevilla, Librería de Hijos del Campo, 1897.
- BANDALA, Teodoro. *Cartilla de la historia de México*, México, Herrero Hermanos Editores, 1901.
- BELTRÁN Y RÓZPIDE, Fernando. *Compendio de historia de España*. Madrid, Imprenta del Cuerpo de Administración Militar, 1901.
- BOTREL, J. F. *La diffusion du livre en Espagne (1868-1914)*, Madrid, Casa de Velazquez, 1988.
- BOYD, Carolyn P. *Historia patria. Política, historia e identidad nacional en España, 1875-1975*, Barcelona, Pomares-Corredores, 2000.
- BUENO FIDEL, María José. *Arquitectura y nacionalismo: pabellones españoles en las exposiciones universales del siglo XIX*, Málaga, Universidad de Málaga-Colegio de Arquitectos, 1987.

⁷⁵ José R. del Castillo, *Curso elemental...*, p. 223.

⁷⁶ Manuel Payno, *Compendio de la historia...*, p.

⁷⁷ *Ibid.*, p.

⁷⁸ Luis Pérez Verdía, *Compendio de la historia*, p. 506.

- CALLEJA, Saturnino. *Hagamos patria*, Madrid, J. Ratés, 1914.
- CALLEJA, Saturnino. *Tratado de historia patria*, Madrid, Saturnino Calleja Editor, 1901.
- DEL CASTILLO, José R. *Curso elemental de Historia patria*. México, Imprenta Litografía y Encuadernación de Ireneo Paz, 1898.
- CASTRO Y PAJARES, Fernando. *Resumen de historia de España*. Madrid, Salvador Acuña y Cía, 1878
- DE DIEGO, Pedro. *Lecciones familiares de historia de España*. Madrid, Imprenta de R. Bernardino y F. CAO, 1875.
- DÍAZ CARMONA, Francisco. *Elementos de historia de España*. Córdoba, Establecimiento Tipográfico La Verdad, 1896.
- ESTÉVANEZ, Nicolás. *Resumen de historia de España*. Barcelona, Imprenta de Antonio López (Publicaciones de la Escuela Moderna), 1904.
- FRISCO, Michael. El prisma del pasado en el cambio de siglo: uso de las ferias mundiales. La exposición Panamericana de 1901 como estudio de un caso concreto. *Studia Historica (Historia Contemporánea)*. 1998, 16.
- GARCÍA Y GARCÍA, Simón. *Compendio de historia general de España*. Madrid, Imprenta de Eduardo Martínez, 1880.
- GRANADOS GARCÍA, Aimer. *Los debates sobre España: el hispanoamericanismo en México a finales del siglo XIX*, México, El Colegio de México (Tesis Doctoral), 2002.
- GRANADOS GARCÍA, Aimer. Las Juntas Patrióticas de españoles en México ante el 98: patriotismo, disidencia y proselitismo político. *Historia Mexicana*. 3 (2000).
- GÓMEZ RANERA, Alejandro. *Compendio de la historia de España, desde su origen hasta el fin del reinado de Doña Isabel II y año de 1852*, Madrid, Imprenta de Alejandro Gómez Fuentenebro, 1853.
- LARRAINZAR, Manuel, *Algunas ideas sobre la historia y manera de escribir la de México*, México, Imprenta de Ignacio Cumplido, 1865.
- MANN, Michael. La cara oculta de la democracia: la limpieza étnica y política como tradición moderna. *New Left Review*. 1: febrero de 2000.
- MANTEROLA, Manuel. Primeras nociones sobre Geometría, Geografía, Historia Patria, Economía Política, Derecho Constitucional y Ciencias Físicas y Naturales, México, Imprenta del Gobierno, 1888.
- MANZANO, Teodomiro. *Lecciones de historia de México*, México, Librería de Ch. Bouret, 1902.
- MINGOTE Y TARAZONA, Policarpo. *Compendio de historia de España para uso de los alumnos de Segunda enseñanza, seminarios y escuelas especiales*, León, Imprenta Herederos de Miñón, 1888.
- MORENO ALONSO, Manuel. *Historiografía romántica española. Introducción al estudio de la historia en el siglo XIX*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 1979.
- OPISSO, Alfredo. *Elementos de historia de España*, Barcelona, Establecimiento Tipográfico de la Ilustración Ibérica, 1910.
- OVIDO ROMERO, Aurelio María. *Nuevo catecismo de historia de México arreglado para el uso de las escuelas elementales de la República Mexicana*, México, Gallegos Hermanos Sucesor, 1894.
- PAYNO, Manuel. *Compendio de la historia de México*, México, Imprenta de F. Díaz de León, 1876.
- PÉREZ VERDÍA, Luis. *Compendio de la historia de México*, México, Librería de la Viuda de C. Bouret, 1911.
- PÉREZ VEJO, Tomás. La Guerra hispano-estadounidense del 98 en la prensa mexicana. *Historia Mexicana*, 2000.
- POZO ANDRÉS, María del Mar del. *Curriculum e identidad nacional. Regeneracionismos, nacionalismos y escuela pública (1890-1936)*, Madrid. Biblioteca Nueva, 2000.
- RIVERA CAMBAS, Manuel. *Cartilla de historia de México*, México, Antigua Imprenta de Murguía, 1893.
- ROA BÁRCENA, José María. Catecismo elemental de la historia de México. México, F. Díaz de León, 1888.
- ROJAS, Rafael. Retóricas de la raza. Intelectuales mexicanos ante la Guerra del 98. *Historia Mexicana*, 2000, 4.
- RYDELL, Robert. *All the World's a Fair*, 1984; James Gilbert, *Perfect Cities: Chicago's Utopias of 1893*.
- SIERRA, Justo. *Obras completas*, México. UNAM, 1972.

SUREDA GARCÍA, Bernat. La producción y difusión de los manuales escolares. En A. Escolano Benito (dir.), *Historia ilustrada del libro escolar en España*, Madrid. Fundación Germán Sánchez Ruipérez, 1997.

TENORIO TRILLO, Mauricio. *Artífugo de la nación moderna. México en las exposiciones universales, 1880-1930*. México, FCE, 1998.

VÁRGUEZ PASOS, Luis A. Élités e identidades. Una visión de la sociedad meridana de la segunda mitad del siglo XIX. *Historia Mexicana*. 2000, 4.